
LA INTELECCIÓN DE LA PROPIA MUERTE

I. La muerte, a la inversa del amor y de la paternidad, no está al final de ningún instinto.– El amor y la paternidad preparan el conocimiento real de la muerte.– El amor y la paternidad permiten al hombre descubrir en él una realidad que no se puede destruir.– Naturaleza y valor de las intuiciones que permiten el conocimiento de lo que la muerte no puede destruir.– El amor y la paternidad no presentan, en su progresión espiritual, dificultades comparables a las de la afirmación que se enfrenta a la muerte.

1. Légaut parte de una doble diferencia: *La muerte no está al final de ningún instinto, a diferencia del amor y de la paternidad, y tampoco la sociedad conduce al hombre a pensar en su condición mortal.*

Hay como una graduación en la dificultad del camino del hombre. Si ya el deseo de la paternidad es difícil que aflore a veces; si ya la paternidad y la maternidad, así como el amor humano, es difícil que se transformen y pasen a ser adultos y «de llamada»; la muerte todavía es más difícil que sea tema de reflexión antes de que se acerque amenazadora; y más difícil aún es que lo sea de una forma propiamente espiritual. No deja de ser por tanto un interrogante inicial esta dificultad de asumir el hombre con realismo la propia condición mortal siendo así que la muerte, como la vida, están siempre y en todas partes ante nuestros ojos, y que un ser humano no llega a ser adulto sin esta conciencia profunda de su condición.

(*) En este resumen del capítulo 4 de *El hombre en busca de su humanidad*, numeramos los pasos del texto de Légaut con cierta independencia de los apartados que él enuncia al comienzo. En ocasiones, ofrecemos literalmente algunos párrafos suyos, con algunas supresiones, en otras condesamos sus expresiones pero además nuestra formulación es independiente de la de Légaut, e incluso añadimos alguna cosa de la propia cosecha que aclara o complementa su discurso. Por razón de brevedad, hemos escogido, además, centrarnos, sobre todo, en la primera sección de sus veintisiete páginas, y exponer el resto de forma más somera. D.M.

Instintivamente, a partir de su animalidad, el hombre se levanta hasta el nivel en que el amor empieza a manifestarse en su originalidad humana. Por su parte, aunque más débilmente que el amor, la paternidad carnal, cuando el hombre responde a ella paso a paso con fidelidad, lo pone en el camino de una paternidad más total. La muerte, por el contrario, ataca al hombre por la espalda y lo deja sin recursos (...) ante el abismo de lo impensable. De forma espontánea, el viviente huye de ella y de todos los procesos que llevan a ella. Su sensibilidad la rechaza. La muerte es para él una abstracción. Sólo la concibe como la muerte de otro, mediante un desdoblamiento de sí que elimina lo que será para él cuando le concierna (...). La toma de conciencia por parte del hombre del hecho de que morirá, la aceptación realista de este acontecimiento que trasciende a todos los demás, la captación de las consecuencias capitales que esto comporta en su vida, la intelección del sentido de su propia muerte, sólo se dan en instantes de luz excepcional y exigen una vitalidad espiritual vigorosa. Sólo pueden brotar en la parte más recogida y reflexiva de su humanidad. No se pueden alcanzar ni vislumbrar cuando el hombre funda su reflexión exclusivamente en la experiencia bruta, en el plano de las evidencias y de las emociones, de las acciones y reacciones, y cuando se niega a búsquedas más personales, exigidas a cada uno para que se entrevea en su totalidad.

Por otra parte, en la toma de conciencia de la muerte, *la sociedad no ayuda nada*. Al contrario, distrae de este conocimiento que, a decir verdad, anticipa el declive del imperio de la sociedad sobre las personas. Cuando la muerte se acerca, la sociedad se aparta y abandona al hombre a su suerte, en una soledad a la que ella no tiene acceso. La sociedad sólo habla de la muerte en términos estadísticos y abstractos; pasa por encima de los muertos o sólo los utiliza, para seguir luego, imperturbable, su marcha.

2. A diferencia de la animalidad y de la sociedad, que no conducen al hombre a pensar en su ser mortal de un modo real, *el amor y la paternidad sí que brindan al adulto la oportunidad de descubrirla con realidad*. Antes incluso de que, por su interiorización personal, el hombre encuentre los recursos espirituales que le permitan llevar *su* muerte

dentro de sí de un modo habitual, el ser mortal de los otros lo lleva a una primera interiorización.

Todo lo que les pasa a los seres que el hombre ama como a sí mismo –nacimiento, matrimonio, pruebas y muerte– adquiere para éste, espontáneamente, una importancia considerable, lo conmueve hasta el fondo y le abre los ojos acerca de su propia condición mejor que su propia reflexión.

Las *situaciones familiares* abren al hombre a una primera toma de conciencia tanto de la condición efímera y mortal de sus seres queridos, como de las situaciones límite y umbrales que marcan lo irreversible del paso de la vida. «Ante la cuna del recién nacido, en ese momento marcado por un inicio absoluto...». Ante la marcha de los hijos de casa, los cuales, sin saberlo, se llevan consigo la antorcha de la vida y encaminan a los padres más claramente hacia su término. E igual las pruebas que abren a lo trágico, así como cuando la decadencia y la enfermedad afectan al cónyuge y no digamos a un hijo, al que los padres, entonces, ven camino de su muerte a su lado.

Además, están las *tragedias colectivas*, «cuyas dimensiones y cuyo horror testifican el poder invencible y deshumanizante de los determinismos» de la historia y de la naturaleza. Todo ello abre poco a poco al hombre a la conciencia de la muerte, a la que un día le tocará encararse personalmente.

3. Sin embargo, todavía estas aproximaciones están en el plano de las impresiones y reflexiones que resultan pasajeras y al poco tiempo pierden su aguijón, no sin sorpresa del sujeto. Aunque estos momentos empiecen a abrir la conciencia del hombre (y puedan hacerlo incluso con fuerza dada la relevancia de los hechos, familiares o colectivos), no suelen llevar a una conciencia estable de la propia condición mortal. Aun cuando el hombre piense, a partir de ellos, en la muerte, aún no la descubre más que *desde fuera*, como una mera ruptura y conclusión que sólo se relaciona con *su* vida porque la arrasa; y que es extraña a ella porque la quiebra, no porque la concluya.

4. El amor y la paternidad, sin embargo, permiten al hombre descubrir en él *una realidad a la que no puede destruir* la muerte que lo amenaza, la muerte que hiere a quienes ama y que derriba dramáticamente a quienes caen a su lado; muerte fenoménica, que pertenece al orden de lo que destruye lo vivo, y que es el resultado brutal de las leyes ciegas que reinan sobre la materia y la vida.

El hombre, a medida que responde con fidelidad a lo que el amor y la paternidad le piden, y adquiere más conciencia de lo que éstas le han llevado a vivir con fuerza y profundidad (...), *se ve animado a ir más allá de las apariencias de su destrucción integral.*

Descubre entonces el hombre la *pervivencia* de determinados instantes, que son del orden de lo eterno pero que exigen de él situarse y permanecer en un plano determinado de ser.

¿No conserva intactos, cada vez que quiere volver a captarlos, aquella mirada, aquella sonrisa, aquella palabra, aquel silencio con los que el ser al que ama se expresó por completo sin saberlo? ¡Qué poderosas resonancias tuvieron que despertar en su momento estos puntos de luz para que sus ecos aún se perpetúen sin mengua con tal de cuidarlos (...)! El tiempo puede enterrar estos instantes (...) pero no destruirlos (...). No hay olvido tan poderoso que pueda borrar definitivamente las huellas de estos instantes y hacer que no hayan sido. Con todo, contando con la complicidad de la memoria, el hombre, si ya no es digno de tales recuerdos, puede dejar de hacerles el menor caso, retener tan sólo su caricatura, e incluso llegar a blasfemarlos.

El hombre consciente de sí y fiel a lo vivido no separa, estas «supervivencias de lo que fue», de la *presencia*, aún activa en él, del ser querido, único origen de lo que para él ellas representan. El recuerdo de aquellas relaciones y el vigor de estos signos, breves como relámpagos, no son sólo ocasión de que el hombre reviva el paso del otro por su soledad, sino que “encantan” en él la presencia de aquel otro ser, además de nutrir su comunión con el ausente.

La *actividad del recuerdo es fidelidad a lo que ya forma parte esencial de lo que él es.* Su amor conyugal y su amor paterno subsisten si se nutren

de estas tomas de conciencia que siempre permanecen disponibles y que no cesan de interpelarlo si él permanece suficientemente atento. Al superar en cierto modo el desgaste del tiempo y revestirse de consistencia y de duración, le manifiestan indirectamente sus propias consistencia y duración.

5. ¿Cuál es, sin embargo, *la naturaleza y valor* de estas intuiciones que permiten captar lo que la muerte *no puede destruir*? El hombre adulto, por debajo de su hacer y decir, siente e intuye, de forma sorda o expresa, ante estas intuiciones, que tiene que detenerse y afrontar una *reflexión de base* cara a llegar a dirimir y a afirmar –o no– el valor de tales intuiciones.

En esta reflexión es capital descubrir y establecer una nueva distinción fundamental: la *diferencia entre subjetividad e interioridad*. Se trata de una reflexión semejante a la que llevó a Légaut, en capítulos anteriores, a la afirmación que él denominó «fe en sí mismo» y luego fe conyugal y paterna. Y es la misma que, en el capítulo siguiente, llevará a Légaut a afirmar que descubrir el sentido de la propia vida es una actividad del orden de la creación, distinto del de la fabricación.

El *punto de partida es doble*. Por un lado, *la experiencia de la actividad del recuerdo*, antes mencionada, y muy distinta de la mera actividad de memorizar, susceptible de mejora con el mero ejercicio voluntario. Por otro lado, *un rechazo de la afirmación que niega todo valor a lo captado en estos instantes de luz*; afirmación negativa que, por influencia del universo mental dominante, está presente en el hombre y éste identifica dentro de sí cuando, por un resorte interior, lo rechaza al intuir que lo amenaza en lo esencial.

El hombre *no puede afirmar* que la duración y la consistencia de estas tomas de conciencia perpetuadas por la actividad del recuerdo *son sólo* el efecto ilusorio de alguna autosugestión provocada por una secreta exigencia sentimental.

El *segundo paso* es analizar a fondo este rechazo suyo y sus implicaciones. Para ello, el hombre debe plantearse –según Légaut– qué

supondría no rechazar esta afirmación de que el fruto de esta «actividad del recuerdo» es ilusorio y sin sentido.

[El hombre] tendría que *poner en tela de juicio* los estados interiores vividos en lo más intenso y auténtico de sí mismo y en sus mejores momentos, e *instalarse en la duda* con respecto a ellos *hasta el punto de negarse*. Tendría que *desacreditar, por alguna razón superior*, explícita o no, aquello de lo que, sin embargo, no necesita convencerse para estar plenamente convencido.

Así es como el hombre descubre, detrás de esta afirmación negativa acerca del fruto de la actividad del recuerdo («desacreditar»), «alguna razón superior, explícita o no» que hay que examinar.

A decir verdad, [«poner en tela de juicio los estados interiores vividos en lo más intenso y auténtico de sí mismo»], ¿acaso no lo haría *en nombre de una certeza no criticada* y de unos rechazos no formulados que, en consecuencia, son, con toda probabilidad, sólo *debilidades y prejuicios*? [De no serlo], todo lo que el hombre siente en lo más hondo de sí, todo lo que conoce con captación inmediata, no podría eludir la *sospecha de inanidad y procedería del azar y de la ilusión*.

Quien alimenta esta sospecha *cree ser objetivo, siendo así que se apoya, a menudo implícitamente, en un postulado acogido sin examen y a veces suscrita con secreta pasión. Autoritariamente, este postulado asimila toda interioridad, incluso la más profundamente vivida, a una aleatoria y pasajera subjetividad*. Este postulado, erigido en certeza absoluta inconscientemente, conduce a *excluir* cualquier reflexión dirigida a una captación de lo humano que no consista en alcanzar a su objeto sólo desde fuera y que no dependa únicamente de la observación o de la experimentación sistemáticas.

La fuerza, pues, de la afirmación negativa que desautoriza el fruto de su actividad del recuerdo proviene, dentro del ser humano, del prestigio de un «*creer ser objetivo*» al afirmarlo. El quid está en descubrir que *la objetividad aducida no es tal* pues procede de un «postulado» acogido acriticamente, e incluso dogmática y apasionadamente, lo cual indica que no es objetivo como pretende, ni propio de la razón y de la ciencia por tácitamente establecido que esté en la sociedad.

Descubrir este escollo es vital porque la opacidad en este punto debilita y hasta paraliza el camino del ser humano que, de no descubrirlo, se debate entre una parte de sí que intuye el valor de las intuiciones que le permiten captar lo que la muerte no puede destruir, y otra parte de sí que, conforme al modo general de pensar, niega todo valor a dichas intuiciones en aras de «ceer ser objetivo» y querer serlo justo por buscar la honestidad e integridad intelectuales.

Para rebasar este escollo y aclararlo, Légaut establece una distinción fundamental entre *interioridad* y *subjetividad*. La *objetividad* (un ideal cierto de la reflexión humana adulta que busca con integridad y sin miedo la verdad) se opone, ciertamente, a la *subjetividad*; pero no a la *interioridad*. Al contrario, hay que afirmar que el ser humano cuanto más *interior* es, tanto más *objetivo* es y tanto más descubre y desenmascara lo que proviene de la subjetividad. El hombre interior no teme sino que busca ser objetivo (con una objetividad que conoce sus límites igual que la interioridad conoce los suyos). Por eso desenmascara tanto la subjetividad implícita en la “objetividad” que niega todo valor a la actividad del recuerdo, como la subjetividad que, con fabulaciones e imaginaciones sin depurar, tiende a suplantarlo o a recubrir el fruto de la actividad del recuerdo.

(...) rechazar un postulado así, estrictamente negativo, significa suscribir que una toma de conciencia hecha a partir de una realidad íntima intensamente vivida *no depende exclusivamente* de imaginaciones quiméricas. (...) No obstante, con esta afirmación *no se quiere discutir que el elemento fabulador no tenga su parte* en el proceso, parte ciertamente *considerable* cuando el hombre yace aún en la superficie de su humanidad a causa de su ignorancia y de la dispersión de su vida, es decir, cuando, sometido *sin reacción* a la presión social, esclavizado por el espíritu de sistema y por el sectarismo, absorto por una búsqueda febril de seguridades y certezas, se encuentra en la imposibilidad de ver lo real sin disfrazarlo (...).

6. Al término de esta reflexión, el hombre puede avanzar y tomar conciencia de dos elementos a los que le lleva la actividad del recuerdo. En primer lugar, *la unidad* de su vida y, en segundo lugar, la intui-

ción de su propia *consistencia*, que se expresa como negación de la muerte en tanto que negación absoluta de él mismo.

Al rechazar el postulado que desacredita radicalmente toda interioridad, se afirma la *unidad* del ser humano: para cada uno existe una *relación directa e ineludible* entre lo que él es en sí mismo, sus primeras tomas de conciencia y su modo de responder a ellas. Tal es el origen de las opciones fundamentales del hombre (...).

(...) La toma de conciencia de lo que en él es *estable y consistente*, y la opción fundamental de que esta toma de conciencia *no es ilusoria* y corresponde a una intelección auténtica de lo real a pesar de la ambigüedad propia de toda acción humana, están en el origen de su afirmación de que la muerte *no será únicamente un final para él*. Este desafío a todas las apariencias, a todas las evidencias, se esgrime en nombre de la duración y de la *consistencia* que el hombre ha entrevisto, de forma indudable, en su vida, en particular gracias al amor y a la paternidad. Si permanece fiel a lo que alcanza en sus horas de luz, este desafío abrupto le permite afrontar con plena conciencia el pensamiento de la muerte *sin asimilarla al aniquilamiento* (...). Sin referirse a ninguna teoría filosófica ni a ninguna doctrina religiosa, lo afirmará en la medida en que se lo imponga su madurez y hasta donde ésta le permita mantenerse firme en esta afirmación.

7. El amor y la paternidad no presentan dificultades comparables a las de la afirmación que se enfrenta a la muerte. La «euforia y la dicha del comienzo», así como «el impulso vital, base carnal de la esperanza», envuelven y apoyan la consolidación paulatina de la fe conyugal y paterna que, sin duda, lo llevarán a cimas exigentes en su propio orden; y lo mismo sucede cuando el hombre se sitúa ante otros bienes que inicialmente lo llaman y atraen. Por contraste, la muerte no es un bien que lo llame y atraiga; «cuando uno la *entrevé concretamente para sí*, es sólo un bloque duro e informe que lo aplasta y enmudece»; sin ayuda ni inclinación instintiva alguna, el ser humano debe «extraer de sí mismo la luz y la fuerza que le permitan *apropiarse de ella y encontrarle el sentido particular que la transfigura ante sus ojos de una forma singular suya*».

Sin embargo, pese a esta diferencia, la fe conyugal y la fe paterna, así como la fe del hombre ante los bienes propiamente humanos, son, por lo que le exigen, las mejores preparaciones para encontrar la forma adecuada de afrontar la muerte. El adulto, en la medida en que va más allá de sí mismo al rechazar la amenaza de una destrucción definitiva, que le asalta al tentarle la idea de negar el amor y la paternidad que ha conocido y vivido, puede intuir, ante su muerte, algo parecido. El absoluto que el hombre introduce, conscientemente o no, en el amor y en la paternidad, mediante la fe conyugal y paterna, lo preparan para cuando, despojado paulatinamente de todo, suene la hora de la verdad y sólo le quede el honor de ser lo que él sea en sí mismo entonces; más allá de los sentidos y la razón, en su soledad fundamental: afirmación de su propio valor y orden propio; afirmación desnuda, primera y última, imperiosamente necesaria y que hay que retomar sin cesar, propia de la fe en sí mismo.

II. Convertir la muerte en la propia muerte es la condición para asumirla como hombre.– Vida y existencia.– El recuerdo permite al hombre entrar en la comprensión de su existencia.– La actividad del recuerdo trasciende la memoria.– La actividad del recuerdo y la previsión global del porvenir.– La actividad espiritual que posibilita esta premonición es diferente de la imaginación fabuladora.– Esta presciencia no es un conocimiento comunicable.– La intelección de la propia vida prepara la de la propia muerte.– La muerte, cuando uno se la hace suya, permite, mejor que la vida, la comunicación de lo esencial.

8. A través de un proceso que no depende de la voluntad sino que es fruto de la interioridad, el hombre, poco a poco, si es fiel a las sucesivas llamadas de su fe con ocasión de los bienes humanos que la vida le depara, comprende que «*convertir la muerte en la propia muerte*» es la condición para asumirla de una forma acorde con su ser «*ínfimo y efímero pero necesario*».

El hombre de interioridad avanzada llega a un tiempo en que comprende, de forma nada enfermiza, que debe partir porque su marcha

conviene a su propio ser, al sentido de sus días, a la razón de ser de su existencia. Igual como comprende que los otros más allegados *conviene* que sigan su camino y que él los desate de sí, también comprende que es bueno que él se desate, se alcance y los alcance en otro plano.

La fe en sí mismo, que permite al hombre mirar cara a cara a la muerte sin ver en ella su *total destrucción*, no le aporta en absoluto el *significado* que dicha muerte puede tener para él. Sólo le impone la negación de un final absoluto, de la nada con que la muerte parece amenazarlo ineludiblemente. No es, en modo alguno, una afirmación con un contenido intelectual positivo. No obstante, para que la muerte no sea para él tan sólo (...) un accidente material que pone un término a sus días, el hombre tiene que poder situarla, no fuera de su vida o contra ella, sino *en ella: tiene que convertirla en su muerte* (...). El hombre avanza decisivamente en su lenta progresión hacia su ser en potencia cuando descubre el *sentido* de su muerte por la intelección del *espíritu fundamental que ha animado su vida*.

Esta intelección es fruto y sostén de la *presencia* del hombre a sí mismo. (...) es intelección de su *unidad*, (...) que se instaura, poco a poco, ante la conciencia, de forma cada vez más estable, duradera y consistente (...). Llamaremos a esta unidad *existencia* del hombre, oponiéndola a su *vida* (...). *La existencia nace de la vida y la trasciende por mediación del mismo hombre*.

Esta intelección es superior al conocimiento que uno adquiere de sí mismo (...) de manera puramente objetiva. Pide otra cosa que una introspección, por intensa que ésta sea (...). Exige que uno sea a la vez *el agente, la materia y el objeto* de su búsqueda. Sólo el ambiente interior nacido de la conciencia de la propia realidad y soledad (...) permite esta mirada de sí mismo sobre sí, única en su género por su carácter intemporal (...), englobante y totalizante (...).

9. La apropiación de la muerte, hacérsela el ser humano suya y convertirla en el acto último de la vida, devuelve, al adulto de edad avanzada, hacia su vida; y despierta en él una *reflexión especial sobre la misma* pues va más adentro en ella y capta, en ella, la existencia, el espíritu fundamental que la ha animado.

La *actividad del recuerdo* permite al ser humano captar su unidad en acto «por debajo de una sucesión de apariencias múltiple y a menudo disparatada». No se trata de una simple memoria del pasado como pasado, ni debe confundirse con la mera conservación, fija e inamovible, de determinadas imágenes o sensaciones sino que es una forma de saberse venir de antes, fluir ahora y presentir, además, «lo que el presente implica más allá de lo transitorio y accidental», no sólo en profundidad sino en lo que está por suceder.

Légaut, en esta sección, caracteriza detalladamente la actividad del recuerdo, que desemboca no sólo en un saber sobre el presente sino en cierto preconocimiento del porvenir; preconocimiento que nada tiene que ver con la imaginación fabuladora; que tampoco es comunicable porque, si lo intenta, enseguida ve que no puede; pero que forma parte de la intelección de la propia vida y prepara la intelección de la propia muerte; la cual, cuando el hombre la hace suya como el acto que pone término a la misma, consume la comunicación de lo esencial que guió su vida de una forma que no podría ser de otro modo.

Veamos, primero, algunas afirmaciones de Légaut sobre *la actividad del recuerdo*.

El recuerdo no es sólo la rememoración (...) de una situación pasada. (...) Es una aleación en la que *se funden* simultáneamente lo que se vivió (...), lo que se ha vivido (...) y lo que se es ahora. No es, pues, algo objetivo, como la crónica impersonal de un hecho histórico, a pesar de no renegar en absoluto de lo que la memoria ofrece. Por eso el recuerdo (...) *evoluciona* con quien (...) recuerda sin que ello signifique poner en tela de juicio la exactitud de la memoria (...).

El recuerdo *o se abunda o se disipa*. El hombre cesa de ser capaz de recordar algunas cosas porque ya no es *digno* de tales recuerdos (...). Cuanto más toma posesión el hombre de su humanidad, menos *reticente* es su memoria (...). Cuanto más espiritualmente vive un hombre, tanto más vigorosamente *imprime su carácter* en los datos de su memoria mediante la actividad del recuerdo (...). Así pone de mani-

fiesto, mejor que en un informe estrictamente objetivo, la *significa- ción* de aquellos datos (...).

El hombre se reconoce no sólo *consecuencia* sino, de alguna forma indirecta, *origen*, *aunque no causa*, de todo lo que le ha ido aconteciendo. Marca con el sello de su ser el conjunto de los hechos registrados por su memoria. Los trasvasa del ámbito de su vida al de su existencia (...). Todo esto es una búsqueda en la que *interviene todo su ser*. (...) La actividad espiritual de la que nace esta *renovación del pasado* es tanto más original cuanto menos debe a la imaginación o al razonamiento. (...) Esta actividad es *invención* (...). Ella lo juzga y lo descubre en lo que él es.

En particular, el hombre comprende mejor el origen, la importancia y el alcance de *sus faltas* al situarlas en el conjunto de su vida. Se le muestran como los recodos, casi inevitables, del camino que debía seguir para llegar a ser lo que debía ser (...). A esta luz, se convierten, finalmente, en ocasiones indispensables, aunque objetivamente no necesarias, de su crecimiento espiritual. Así reciben sus faltas (...) una singular justificación que es como una verdadera absolución. Las más graves –que son también las más inevitables– se muestran ante él como las más insustituibles para su maduración (...) [pues] le afectan en profundidades que, de otro modo, no habría podido sondear ni reconocer como suyas. De esta forma, (...) el hombre descubre, poco a poco, *la línea fundamental de sus días*. (...).

Y, en segundo lugar, algunas reflexiones acerca de *la comunicación de lo esencial y la muerte*.

[La intelección cada vez más honda de la propia vida permite al hombre entrever la meta de su larga andadura (...) y] su muerte se le va mostrando, poco a poco, *en su propia originalidad*. (...) tanto más comprende su necesidad, a la vez biológica y espiritual, cuanto más descubre, al captar el sentido profundo de su existencia, que ésta le exige una desposesión de sí siempre más total para realizarse. *Desposesión de sí y comprensión de su muerte crecen juntas*. Ambas se ayudan a establecerse en él. Su muerte es más que *la* muerte. Nadie podría morir esa muerte que es suya y que es esencial para él (...) [porque] no ignora que por ella dará el fruto que poco a poco se iba

formando en él y que, de otra forma, no llegaría a su sazón.

(...) El hombre tiene que atravesar el umbral de su muerte para ser fuente de una irradiación capaz tanto de superar los obstáculos que ineludiblemente se oponen a ella como de desbordar la influencia directa que en vida pudo tener. Por eso espera de su muerte la manifestación de lo que ha sido el viático de su existencia. Sabe, además, sin poderse imaginar cómo, que entonces experimentará una actividad nueva, por misteriosa que ahora se le represente. Extrae esta certidumbre de su propia experiencia: cuanto más elevados son los bienes espirituales, tanto más reclaman y suscitan, en los seres que los acogen, la presencia de aquél que los destiló a partir de su propia substancia (...).

A los ojos de un ser humanamente adulto, la muerte no es únicamente el fin entrevisto de sus días, comprendidos en su espíritu y dinamismo fundamentales. A través de lo que ya es, presente que sólo alcanzará totalmente el ser al que se encamina si, por su muerte, *se entrega sin retorno*. Sólo se unirá a sí mismo plenamente si se deja descubrir en el don ilimitado, definitivo, pasivo, pero singularmente operante, de su ser; don que continuará su acción en y a través de los escasos seres que entonces se verán transformados y como transportados por encima de sí mismos. Aunque capte su muerte como nadie, la acogerá con esperanza cuando llegue la hora.

III. La intelección de la propia muerte preserva la pureza tanto de la fe en sí mismo como de la fe conyugal y paterna.– Relación entre estas tres clases de fe. En qué difieren del conocimiento ordinario.– Precariedad de estas tres clases de fe.

10. Légaut concluye su texto con una recapitulación de sus perspectivas y con una vinculación expresa de su reflexión con el hilo de conjunto del libro.

Hay una *interacción* entre la apropiación de la muerte y la actitud fundamental del hombre ante sí mismo, el amor humano y la paternidad. Hay, en efecto, una especie de *influencia mutua* entre las dis-

tintas clases de fe y la apropiación de la muerte. Por un lado, la fe en sí mismo es necesaria para ser capaz el hombre de albergar dentro de sí, con viva conciencia de ello, su propia condición mortal. Pero, por otro lado, la visión realista de la muerte confiere autenticidad a la fe en sí mismo, e impide que ésta degenera y se confunda con la confianza en uno mismo.

Además, en la misma línea, el *desprendimiento* de sí que el pensamiento de la muerte impone al adulto lúcido y con valor es una prolongación de la *desposesión* que el amor y la paternidad exigen y que crece a través de sus etapas. Al mismo tiempo, el pensamiento de la muerte, por el desprendimiento de sí que comporta, ayuda y purifica a la fe en sí mismo, a la fe conyugal y paterna pues impide que las facilidades, de orden psicológico y social, que a veces las acompañan, las contaminen y mengüen; facilidades que, para ser útiles e incluso indispensables en determinados momentos, de ningún modo deben considerarse primeras y esenciales.

Y por último. La fe en sí mismo, que envuelve a la fe conyugal y paterna, «sería el alfa y el omega del hombre si éste pudiera llegar hasta ella por sus propios medios». Sin embargo, el hombre debe «reconquistarlas incesantemente» pese a que, cuanto más adulto es, tanto más sabe «la *distancia*, humanamente infranqueable, que lo separa de ellas». La tentación es renunciar a la fe y contentarse con certezas y afirmaciones doctrinales y voluntaristas. Sin una *ayuda* «necesariamente interior y discreta al máximo, hasta el punto de poder ser recibida sin ser reconocida», el horizonte y la tensión de la fe desaparecerían entonces.